

CALDERÓN Y BELTRÁN, FERNANDO (1809 – 1845)

A NINGUNA DE LAS TRES

(A su amigo José Ramón Pacheco, dedica el autor este ensayo cómico.)

PERSONAJES:

DON TIMOTEO
DOÑA SERAPIA
LEONOR
MARÍA
CLARA
DON CARLOS
DON JUAN
DON ANTONIO

(La escena pasa en México, 183..., en la casa de don TIMOTEO)

ACTO PRIMERO

(Sala decentemente amueblada.)

ESCENA I

(Don Timoteo, doña Serapia, ésta de gala.)

DON TIMOTEO

Vaya, Serapia, estás hoy
muy elegante; ¡que bello!
¡qué rico vestido! ¡diablo!
Si no fuera por tu pelo
un poco blanco, y las rugas
de tus mejillas, apuesto
que ninguno te daría
más de treinta y cinco.

DOÑA SERAPIA

¿Cierto?

¿conque no parezco mal?

DON TIMOTEO

¿Cómo mal? si poco menos
estás hoy como aquel día
que nos casamos: me acuerdo
como si fuera hoy.

DOÑA SERAPIA

Con todo,
treinta y dos años y medio
hace que pasó.

DON TIMOTEO

Es verdad.
¡Qué pronto se pasa el tiempo!

DOÑA SERAPIA

Y qué tiempos!

DON TIMOTEO

Muy felices;
no se parecen a éstos:
¡ay! hija, por más que digan
los pisaverdes modernos,
aquello era mucho, ¡mucho!
¿Te acuerdas con qué salero
bailabas una "gavota"?

DOÑA SERAPIA

Y tú también, picaruelo,
aquel "minuet de la corte".

DON TIMOTEO

Y el "calafat".

DOÑA SERAPIA

Y el bolero.

DON TIMOTEO

No; pero nada, Serapia,
como el "campestre": me acuerdo
que estaba yo como tonto,
mirando tus movimientos;
desde la primera parte,
sentí dentro de mi pecho

cierta inquietud... cierta cosa...
lo que llaman los modernos
simpatía; pero ¡vaya!
cuando hizo tu pie derecho
aquel molinete, entonces
se me trastornó el cerebro.
¡Ah! ¡y qué noche me diste!
En toda ella estuve viendo
tus pies en mi fantasía;
y era tan grande el empeño
de recordarlos, que dije
al punto a mi cocinero,
que me guisara a otro día
unas patitas de puerco.

DOÑA SERAPIA

¡Ah! ¡ ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

DON TIMOTEO

Te ríes,
y con razón, lo confieso,
si digo que estaba loco,
loco de remate, y luego
con tus desdenes malditos
me hacías rabiar.

DOÑA SERAPIA

Lo creo;
me amabas mucho, me amabas
como se amaba en mi tiempo:
y yo también te quería;
¿pero, cómo luego luego
lo había de confesar?
No, señor.

DON TIMOTEO

¡Oh! no, primero
era preciso pasar
unas noches al sereno,
¿no es verdad?

DOÑA SERAPIA

¡ Cabal! Ahora
todo es más pronto.

DON TIMOTEO

Se han hecho
muchos progresos en todo;
llega un jovencillo lleno
de perfumes; media hora
de charla, suspiros tiernos,
semblante triste; en la tarde
una vuelta en el paseo
junto al coche de la niña;
en la noche algún encuentro
en las "Cadenas" o el teatro
si un cómico dice un verso
que hable de amor, al instante
el rendido caballero
dirige ardiente la vista
al palco, como diciendo:
"Esa Julieta, eres tú,
y yo soy ese Romeo".
Con esto queda concluido
el asunto, y de concierto
los amantes. A otro día
lleva el joven algún verso
a la novia; poco importa
el que sea suyo o ajeno:
cambia el nombre si es preciso,
en vez de "Silvia", poniendo
Anastasia, porque al cabo,
dos sílabas más o menos
poco importan; la substancia
es lo esencial.

DOÑA SERAPIA
¡Por supuesto!

DON TIMOTEO
Por fortuna, en estos días,
hace todo el mundo versos.

DOÑA SERAPIA
Pero no en latín.

DON TIMOTEO
¿Latín?
¡Pues estás fresca! yo apuesto
que no saben declinar
a "Musa Musae".

DOÑA SERAPIA

Ya, pero...

DON TIMOTEO

Pero saben italiano,
francés, inglés.

DOÑA SERAPIA

Mas no griego
como en mis días.

DON TIMOTEO

Serapia,
para mí es un mundo nuevo
en el que vivimos hoy;
ya ves, hasta el Coliseo
ha cambiado; ya no agradan
las comedias de aquel tiempo,
"Juana la Rabicortona",
"El Mágico de Salerno",
"La Fuente de la Judía",
"El Príncipe Jardinero".
Éstos eran comediones divertidos.

DOÑA SERAPIA

Y muy buenos,
y muy morales.

DON TIMOTEO

¡Caramba
si eran morales! me acuerdo
que una vez salí llorando
como chico de colegio,
de ver a San Agustín
quedar convertido.

DOÑA SERAPIA

El ciervo...

DON TIMOTEO

Qué ciervo, ni qué...

DOÑA SERAPIA

Es verdad,
tienes razón, ya me acuerdo
es en Santa Genoveva

lo del venado. Ya eso
acabó, y las tonadillas
que llamaban "intermedios".
Hoy está en boga un tal Fugo.

DON TIMOTEO
Hugo dirás.

DOÑA SERAPIA
¿Yo qué entiendo
de esos nombres que no están
en el calendario nuestro?
Hasta en eso entró la moda
a nadie le ponen Diego,
ni Jacinto, ni Macario,
ni Roque, ni Timoteo;
sino Arepo, Arturo, Adolfo;
en fin, santos extranjeros
que ni estarán bautizados.
En todo caso me atengo
a los nuestros, que por fin
son ya conocidos viejos,
y el refrán dice: "Más vale mal
conocido, que bueno por conocer".

DON TIMOTEO
Calla, calla,
Serapia, ¿qué estás diciendo?
¿qué disparates ensartas?

DONA SERAPIA
(Aflojándose el vestido.)
¿Pues qué, digo mal? El cielo
sabe mi intención. ¡Dios mío!
¡Y qué traje tan molesto es el vestido
de gala! Sólo por ser, Timoteo,
día de tu santo, pude
apretarme tanto.

DON TIMOTEO
Cierto;
¿y piensas tú, mona mía,
que yo no te lo agradezco?
Mucho, mucho; siempre has sido
un acabado modelo
de esposa: tengo tal gusto,

que no me cabe en el pecho.
Sí, Serapia, hoy es el día
en que se van mis deseos
a colmar, con la elección
que haga Juanito. Yo creo
que le gusta más Leonor,
que las otras dos.

DOÑA SERAPIA
Yo pienso
lo mismo; no, la muchacha
lo merece.

DON TIMOTEO
Por supuesto.
¡Pobrecilla !

DOÑA SERAPIA
¿Y don Antonio
vendrá a comer hoy?

DON TIMOTEO
Lo espero.

DOÑA SERAPIA
Aquí viene ya.

ESCENA II
(Dichos, don Antonio.)

DON ANTONIO
Oh! vecina,
¿pues qué tenemos de bueno
que está usted tan adornada?

DOÑA SERAPIA
Que diga a usted Timoteo
el motivo: yo me voy
a mirar por allá dentro
lo que ocurre: ya usted sabe
que para esto del aseo
de la casa y la cocina,
yo lo hago todo: no quiero
que se molesten mis hijas,

a quienes ha dado el cielo
inclinaciones más altas.

DON ANTONIO

(Con ironía.) Es verdad.

DOÑA SERAPIA.-Pues hasta luego.

(Se va, haciéndole una gran cortesía a don Antonio)

ESCENA III

(Don Timoteo, don Antonio.)

DON TIMOTEO

¡Pobre Serapia !

está loca con las muchachas, y cierto

tiene razón: cada una

es en verdad un portento.

Mariquita toca, canta,

baila; en fin, es un modelo

de perfección: ágil, viva,

siempre de broma y riendo.

Clara, por distinto estilo...

¡Ah! Don Antonio, el talento

de mi Clara es mucha cosa

ya ve usted, siempre leyendo

periódicos literarios

y políticos: apuesto

que sabe más ella sola,

que tres ministros.

DON ANTONIO

(Riendo.) En eso no

hay mucha ponderación,

amigo don Timoteo. Adelante.

DON TIMOTEO

¿Pues Leonor?

¡Oh! Leonor es mucho cuento:

¡qué corazón tan sensible,

tan encendido, tan tierno!

¡de cualquiera cosa llora!

Antes de ayer, par ejemplo,

estaba triste, bajando

los ojos cada momento;

otras veces los alzaba

fijándolos en el cielo;
y por fin, la pobrecilla
se puso a llorar; yo lleno
de inquietud...

DON ANTONIO
(Con ironía.) ¡Ya, como padre!

DON TIMOTEO
Yo le pregunté el objeto
de sus penas, y me dijo:
-¡Oh padre mío, yo muero
de dolor! la pobre Clara...
-¡Qué! -le dije muy inquieto-:
¿le ha sucedido a tu hermana
alguna cosa? Volemos
a verla. -No, padre mío
-me respondió-: nada de eso,
no hablo de Clara mi hermana;
Clara de Alva. . . ¡Qué tormento
pasó la infeliz! ¡Qué lucha
sostuvo entre sus afectos
y su deber!

DON ANTONIO
¿Conque todo
su dolor y desconsuelo
era por haber leído
una novela? ¡Muy bueno!
¿Y sabe usted por ventura
a qué se reduce el cuento
de ese libro?

DON TIMOTEO
No, señor;
pero dicen que es muy bueno.

DON ANTONIO
¡Oh, sí, muy bueno!
Se trata de una joven,
que algún tiempo
resistir supo a un amante;
pero como el bribonzuelo
era tenaz, ella en uno
de aquellos fuertes momentos
de ternura, faltó al cabo

al marido.

DON TIMOTEO

¡Diablo!

DON ANTONIO

Pero

eso sí, no faltó en nada
a la virtud.

DON TIMOTEO

No lo entiendo:

sin faltar a la virtud

hacer a un hombre... ¡San Diego
nos preserve!

DON ANTONIO

Pero, amigo,

si fue tan sólo un momento
de extravío.

DON TIMOTEO

¡Con mil diablos!,

¿pues qué no basta con eso?

DON ANTONIO

No, señor, porque fue todo
sin mala intención.

DON TIMOTEO

Reniego de su intención.

DON ANTONIO

Pues, amigo,

todo esto ni más ni menos
dice la tal novelita.

Sabe usted, don Timoteo,

la franqueza con que siempre
he hablado a usted: yo no apruebo
ese modo con que educa
a sus hijas.

DON TIMOTEO

Bueno, bueno;

siempre está usted con lo mismo.

DON ANTONIO.

Sí, señor, siempre: el afecto
que profeso a usted me hace
hablarle así.

DON TIMOTEO

Según eso,
¿usted quiere que sofoque
de mis hijas los talentos?
¿Que laven, cosan o planchen,
estén siempre en el brasero,
disponiendo la comida,
y, en fin, que tengan empleo
de criadas?

DON ANTONIO

No, señor;
pero que sepan al menos
aquellas obligaciones
que son propias de su sexo.
La música, la pintura,
el baile, todo es muy bueno,
y sirve a una señorita
de atractivo y de recreo;
pero, amigo, todo es malo
cuando se lleva al exceso.

DON TIMOTEO

Muy bien: agradezco
mucho tan saludables consejos;
mas yo tengo mis razones;
conque así, no disputemos
supongo que esto no turba
nuestra amistad.

DON ANTONIO

Nada de eso:
mi cariño es siempre el mismo;
yo digo a usted lo que pienso;
pero sólo a usted le toca
hacer lo que quiera en esto.

DON TIMOTEO

Bien está; pues a otra cosa:
¿usted, según lo que veo,
no sabe por qué motivo estamos

hoy previniendo una fiesta?

DON ANTONIO

No, en verdad.

DON TIMOTEO

Pues, don Antonio, yo debo
quejarme de usted.

DON ANTONIO

¿Por qué?

DON TIMOTEO

¿Cómo por qué? usted ha puesto
en olvido que hoy es día
de mi santo.

DON ANTONIO

Lo confieso:
no me acordaba.

DON TIMOTEO

Pues bien,
ya lo sabe usted, y cuento
que nos acompañará
a comer hoy.

DON ANTONIO

Lo agradezco.

DON TIMOTEO

Bueno; pues no es esto sólo:
tome usted ahora un asiento,
y oiga el principal motivo
de mi gozo. (Se sientan.)
En otro tiempo,
cerca de seis meses antes
de casarme, me vi lleno
de miseria: joven, libre,
sin algún conocimiento
del mundo, sin un amigo
que me mostrara el sendero
de la dicha, y entregado
a juveniles excesos,
agoté cuantos recursos
me habían dejado, muriendo,

mis padres; contraí deudas,
y, por fin, llegué al extremo
de no tener un asilo,
ni aun el preciso sustento.
Los amigos, que algún día
eran siempre compañeros
de mis vicios y locuras,
que mientras tuve dinero
solicitos me seguían,
mis errores aplaudiendo,
viéndome pobre, abatido
y sin recursos, se fueron
retirando, y quedé solo,
de rabia y vergüenza lleno.
En medio de mi desgracia,
me quiso mandar el cielo
un hombre, o más bien un ángel,
porque tal era don Pedro
de Miranda, rico, noble,
con un corazón dispuesto
a hacer bien a todo el mundo:
este amigo de colegio,
que mil y mil ocasiones
me reprendió mis excesos,
viéndome luego abatido,
me auxilió, me dio los medios
para salir del apuro
y no tan sólo le debo
la riqueza que hoy disfruto,
sino la vida... no puedo
recordar sus beneficios
sin llorar.

DON ANTONIO

Bueno, ¡muy bueno!
Esas lágrimas, que pocos derraman,
don Timoteo, honran a usted. (Aparte.)
En verdad, es lástima que los cielos
como le han dado virtudes
no le den entendimiento.

DON TIMOTEO.-En aquellos mismos días,
tuve una fiebre, y don Pedro,
siempre al lado de mi cama,
siempre de ternura lleno,
me sacó, como quien dice,

del sepulcro.

DON ANTONIO

Bien, ¿y luego?

DON TIMOTEO

Tuvo que marchar a Europa
por asuntos de comercio.
Nos despedimos llorando,
mas no pasaba un correo
sin recibir carta suya
y escribirle yo. Don Pedro
era viudo y tenía un hijo
que llevó a Europa. A su seno
llamó, en fin, Dios a mi amigo,
y durante mucho tiempo,
no supe del hijo suyo
la suerte; hará mes y medio
que él mismo vino a mi casa
a visitarme, diciendo
que al morir su anciano padre,
le encargó que en el momento
que pusiera el pie en su patria,
viniera a verme; no tengo
que decir a usted el gozo
que tuve al punto de verlo,
y lo he alojado en mi casa:
Juanito, a quien tanto aprecio
tiene usted, ése es el hijo
de mi amigo.

DON ANTONIO

Y un modelo
de honradez: no se parece
a su tonto compañero,
al don Carlitos. ¡Caramba,
jamás he visto un muñeco
más fastidioso!

DON TIMOTEO

Yo al punto
concebí el mejor proyecto
que me ha ocurrido en mi vida,
para pagar lo que debo
al padre de Juan, y dije
a nuestro joven: yo tengo

tres hijas, elige una
para esposa, y heredero
de una parte de mis bienes
serás.

DON ANTONIO
Muy buen pensamiento;
y él ¿qué respondió?

DON TIMOTEO
Me dijo
que era preciso primero
conocer bien a mis hijas;
mas no me bastó con eso,
y señalamos un plazo
para que eligiera.

DON ANTONIO
Bueno:
¿y cuándo se cumple?

DON TIMOTEO
Hay mismo,
que es mi santo.

DON ANTONIO
Pues veremos
lo que resulta.

DON TIMOTEO
(Levantándose.) Ya tarda
en llegar.

DON ANTONIO
¿Y el embustero
de don Carlitos, vendrá
con don Juan?

DON TIMOTEO
Así lo creo.

DON ANTONIO
Pues no cuente usted conmigo
para comer hoy: no puedo
sufrir a ese charlatán.
Sin cesar está mintiendo;

a título de que ha visto
a París, todo lo nuestro
le disgusta: todo es malo
para él, si no es extranjero.
Criticar siempre de todo
en su país, es un efecto
de una educación muy baja;
si no encuentra nada bueno
en su patria, debería
por gratitud, por afecto,
callarse, disimular,
y compadecerla: cierto
que tenemos cosas malas,
a mi pesar lo confieso;
pero ¿qué nación, amigo,
hay que no tenga defectos?
No; yo soy muy mexicano.

DON TIMOTEO

Pero don Antonio, al menos
haga usted el sacrificio
siquiera por hoy; sí, cuento
con usted: por un amigo
se pasa un mal rato.

DON ANTONIO

Cedo.
por usted; pero repito
que soy muy duro de genio;
y aunque quiera reprimirme,
no sé si podré. (Ruido de coche.)

DON CARLOS

(Dentro.) Cocheros
más tontos que los de aquí,
no se encuentran.

DON ANTONIO

Ya tenemos
al charlatán en campaña:
yo me voy por allá dentro
al corredor, y me iría,
por no verle, al mismo infierno.
Llevaré algún diario.

DON TIMOTEO

¡Ya! como usted guste.

DON ANTONIO

Hasta luego.

(Vase, tomando de sobre la mesa un papel.)

ESCENA IV

(Don Timoteo, don Juan, don Carlos.)

DON JUAN

(A don TIMOTEO.) Muy buenos días, amigo.

DON CARLOS

(Al mismo, apretándole la mano.)

Adiós, caro, ¿cómo va?

Ya nos tiene usted acá.

DON TIMOTEO

Me alegro mucho.

DON CARLOS

Testigo

voy a ser de la ventura

de mi Juan, ¡dulce amistad!

(A don Juan.) Pero vamos, la verdad,

¿quién ha de ser la futura?

¡Vive Dios, que Leonorcilla

es la que más te ha petado !

¡Oh! ¿te pones colorado?

Pues la cosa es muy sencilla,

sí; me gusta la elección;

parece una parisiense

no es menester que lo piense,

tengo gran penetración

es ella ¿es verdad? es ella;

si lo dije el primer día:

aquella melancolía,

aquel aire ¡cómo es bella!

en fin, es una mujer

"comme il faut"; tan sólo en Francia

tendrá igual; ¡oh! no es jactancia

sé lo bueno conocer:

sólo en la fisonomía

adivino si una hermosa

es afable o desdeñosa,
si es un ángel o una harpía.
Miren ustedes: yo vi
allá en la plaza de Greve,
una hermosa, y muy en breve
su carácter descubrí:
bajo un hermoso semblante
ocultaba un corazón
"trés méchant", era un dragón.

DON TIMOTEO

No pase usted adelante,
sin que se sirva decirme
qué es eso de "trés méchant".

DON CARLOS

Vaya, si lo he dicho, Juan,
yo no puedo discurrir
por un momento siquiera
sin hablar francés ¡qué diablo!
¡Es tan bello! yo lo hablo
sin advertir, con cualquiera.
El idioma castellano
es tan helado, tan frío
(A don Juan)
diera un brazo, amigo mío,
por ser francés o britano.

DON TIMOTEO

Pero el "trés méchant", por fin,
¿qué significa?

DON CARLOS

Un "fripon".

DON TIMOTEO

Menos lo entiendo.

DON CARLOS

Un bribón,
un hombre bajo y ruin.

DON TIMOTEO

Lo voy comprendiendo ya.

DON CARLOS

Mas ¿dónde están las hermosas?
¿En su "toilette"?

DON TIMOTEO
En sus cosas
que tienen ellas allá.

DON CARLOS
Sus cosas! Don Timoteo,
ése es lenguaje muy llano.

DON TIMOTEO
Hablo mal el castellano,
pero se entiende.

DON CARLOS
Lo creo.
(A don Juan, que se ha sentado hace algún rato tos impresos.)
¿Y cuál es ese papel?

DON JUAN
Es el Diario del Gobierno.

DON CARLOS
¡Vaya el tal Diario al infierno!
Si fuera el "Universel".
Ése es bueno: ya se ve...
(A don Timoteo.)
¿Y me quiere usted decir
quién lo da? Voy a escribir
un poco de "variété".

DON TIMOTEO
¿Quién lo da? el repartidor:
y no lo da, que lo vende.

DON CARLOS
Amigo, usted no me entiende
que ¿quién es el redactor?

DON TIMOTEO
¡Ah! no lo sé.

DON CARLOS
(Hojeando los papeles.) ¿Y está aquí?

DON TIMOTEO

¿Para qué pagar su abono
si no lo entiendo?

DON CARLOS

Por tono.

¿Va usted a la ópera?

DON TIMOTEO

Sí.

DON CARLOS

Entonces hace usted mal,
si el italiano no entiende.

DON TIMOTEO

Fácilmente se comprende.

DON CARLOS

¡Bravo! y que es universal
de la música el idioma.

¡Cuánto me agrada Rossini!

Pero es más tierno Bellini,
más "tocante": yo vi en Roma,
no, no en Roma, fue en Milán,
vi "Pirata", vi "Extranjera":

¡oh, qué hermosas! Creo que era
por la fiesta de San Juan.

¡Cabalmente! Pero nada
como "Norma" ¡qué belleza!

Habla allí Naturaleza.

DON JUAN (Aparte.)

¡El tal Carlos ya me enfada!

¡Qué loco tan hablador!

DON TIMOTEO (Aparte.)

¡Qué joven tan estupendo!

Según lo poco que entiendo,
es alhaja de valor!

Si pudiera colocar
a Mariquita con él...

DON CARLOS

(A don Juan.)

Hombre, deja tu papel,

y acércate a conversar.
Me maravillo que en día
para ti de tal contento
estés ahí macilento,
lleno de melancolía,
vamos, hombre, ven aquí.
¡Qué paciencia! ¡Qué cachaza!

DON JUAN

Si no dejas meter baza.

DON CARLOS

Pues no hagas caso de mí.
Yo soy completo francés,
alegre, vivo, ligero:
¡vaya! Si no hablo, me muero.

DON JUAN

Habla cuanto quieras, pues.

DON CARLOS

Y esta noche ¿qué comedia
en el teatro darán?
¡A que nos encajarán
una clásica tragedia!
¡Vaya! no se puede estar
en el teatro, ¡qué feo!
No parece coliseo,
sino viejo palomar.
No se encuentra una nación
más que México atrasada:
da vergüenza; aquí no hay nada:
ni gusto, ni ilustración,
ni ornato, ni policia, ni finura,
ni alegría, ni hermosura, ni elegancia;
repito que sólo en Francia
se vive con alegría.
En las "soirées" ¡qué finura!
¡qué dulce afabilidad!
¡cuánta sensibilidad!
¡cuánta graciosa locura!
El amable aturdimiento,
el entusiasmo, el bullicio,
¡vaya! si yo pierdo el juicio
al verme aquí ¡qué tormento!
(Mirando adentro.)

Mas ¿no es aquélla Leonor?
No hay duda que es ella,
sí; Juanito, ya viene allí
el objeto de tu amor.
¿No sientes un dulce afán?
¡Qué lenguaje! ¡qué bonita!
¿Tu corazón no palpita?
Eres un clásico, Juan.
Eres hijo del país;
no, no lo puedes negar.

DON JUAN
(Parándose.)
Ni tampoco remediar.

DOX CARLOS
Para amar sólo en París;
allí sí se estudia el modo
hasta de poner el pie,
los ojos, la boca, ¡qué!
Por principios se hace todo.
Ven, y mírala, entregada
toda entera a la lectura:
¡cuánto es bella una hermosura
distráida, abandonada!

DON TIMOTEO
Siempre usted la verá así,
no conoce otro placer.

DoN CARLOS
Divina, "charmant" mujer.
¡Qué lástima que esté aquí!

ESCENA V
(Dichos, Leonor.)

(Sale leyendo sin ver a nadie, y se sienta en un sofá; después de una ligera pausa
deja el libro y representa.)

LEONOR
¡Ha muerto, ha muerto el mísero
joven desventurado,
modelo acrisolado

de ternura y amor!
¡Ay! ese pecho cándido
despojo de la muerte,
mereció mejor suerte,
¡oh vida de dolor!
¿quién no derrama lágrimas
al leer tu triste historia?
¿Y quién a tal memoria
no se siente morir?
Recibe, triste víctima,
recibe el llanto mío:
yo tu destino impío
siempre sabré seguir.

(Deja el libro; queda como meditando en el sofá)

DON CARLOS
¡Qué pecho tan simpático!

DON TIMOTEO
Sí, es muy sensible, mucho.
Hija...

LEONOR
¡Qué voz escucho!
¡Oh padre! ¿dónde estoy?
Mirad... Su rostro pálido:
oíd... ese sonido...
Ha muerto! ¡está perdido!

DON TIMOTEO
Escúchame, yo soy:
vuelve en tu acuerdo ¡mísera!
Su corazón palpita.
¡Paloma!

DON CARLOS
¡Señorita!

DON TIMOTEO
(A don Juan.) Háblale tú.

DON JUAN
¡Leonor!

DON CARLOS

¡Leonor! ¡Qué hombre tan frígido!
¡que pecho tan helado!
Dile a sus pies postrado:
(Postrándose delante de Leonor y tomándole una mano.)
"¡Mi bien! ¡Mi dulce amor!"

LEONOR
(Levantándose y empujando a don Carlos.)
Dejadme, dejadme.
¿Y es ésta la vida,
tormentos, horrores,
continuo penar?
¿Y el hombre se afana
por ella? ¡Insensato!
Más vale a la tumba
mil veces bajar.

DON TIMOTEO
(Siguiendo a Leonor que pasea agitada por el escenario.)
Escucha, hija mía,
la voz de tu padre.

LEONOR
(Sosegándose.)
¡Oh, padre! ¿y es cierto?
¿fue todo ilusión?

DON CARLOS
Ya vuelve en su acuerdo
¡miradla, qué hermosa!
(A don Juan.)
Acércate, calma
su fiel corazón.
¿No sientes tu pecho
saltar de ternura?

DON JUAN
No.

DON CARLOS
¿No? ¡eres un mármol!
¡Palabra de honor!

LEONOR
¡Oh, padre! Perdona
la historia de Werther

mi pecho ha llenado
de horrible dolor.
¡Tan joven! ¡tan tierno!
¡tan bello! ¡tan fino!
¡qué suerte tan fiera!

DON TLMOTEO
Olvida eso ya.

DON CARLOS
Amable belleza,
aquí está Juanito;
¡miradle qué triste,
qué pálido está!

LEONOR
(Tendiéndote la mano.) Amigo.

DON JUAN
¿Ha pasado
el rato funesto?

LEONOR
¡Oh! sí, ha pasado.

DON TIMOTEO
Ya vuelve a reír.

DON JUAN
¿Y por qué leer libros
que dan a usted pena?

LEONOR
Amigo, sin ellos
no puedo vivir.
El siglo en que estamos
carece de encantos:
pasiones comunes
miramos no más
¡mil veces felices
los seres dichosos,
que vieron el mundo
mil años atrás!
Entonces, entonces
un buen caballero,
cifrabá su dicha

tan sólo en amar:
la voz de una amada
mandaba en su vida,
sabiendo por ella
la muerte arrostrar.
Diez años o veinte
pasaban sin verse,
y no se entibiaba
por eso su amor.

DON CARLOS
¡Terrible constancia!

LEONOR
¡No se halla en el día!

DON CARLOS
¿Dos meses? que pase...

LEONOR
¿Dos meses? ¡qué horror!
No, no, yo no quiero
la vida presente;
¡helada existencia!
¡funesto vivir!
Yo encuentro en mis libros
un mundo más bello.
¡Oh, Werther ! ¡yo debo
contigo morir!

DON TIMOTEO
¿Morir? ¡San Francisco!
¡Qué dices, muchacha!
¿Y a un padre que te ama
quisieras dejar?

LEONOR
¡Oh, padre! ¡bajemos
los dos a la tumba!

DON CARLOS:
¡Bien dicho!

DON TIMOTEO
¡Mal dicho!
No quiero bajar.

Es cierto que a veces
amarga la vida;
mas siempre la muerte
es mucho peor.

LEONOR

¡ Ah ! no, no, la tumba,
la tumba es el puerto,
el puerto seguro
do acaba el dolor.

DON TIMOTEO

¡Muy bien! será puerto,
será lo que quieras;
mas yo estoy contento
del mundo en la mar.

DON CARLOS

Amigo, en Europa
no se anda con ésas;
allí cuando alguno
se quiere matar,
toma un "pistolet".
Le carga, y al punto
del pícaro mundo
se va "sans fagon".
¡Oh! no hay como Francia;
¡se vive contento,
contento se muere!

LEONOR

¡Dichosa nación!

DON TIMOTEO

Muy buena es la moda;
yo tengo mal gusto
¿y usted, don Carlitos?

DON CARLOS

¡Oh! yo por mi fe,
os juro que sólo
en ésta no he entrado.

DON JUAN

(Riendo.) ¿De veras?

DON CARLOS

Te digo
que no me maté
no hablemos más de esto;
de amores, de gozo,
en día tan bello
debemos hablar.

MARÍA

(Dentro.) Muchacha, mis flores.

DON CARLOS.-(Cantando.)

"Cual voce io sento di gioia
e di speme mio sen palpitar."

DON TIMOTEO

(Aplaudiendo.) Muy bien, don Carlitos.

DON JUAN.-De risa me muero.

LEONOR.-Dichosos ustedes
que pueden reír.

DON TIMOTEO

(A Leonor.) Aliéntate, vamos.

LEONOR.-No puedo, no puedo
mis nervios padecen,
me siento morir.

DON TIMOTEO

Pues ve con Juanito:
el aire del campo
te hará bien; Juanito,
llevadla al jardín.

DON JUAN

(Presentando el brazo a Leonor.) Iremos.

DON TIMOTEO

Despacio.

DON JUAN

(Aparte.) ¡El cielo me ampare!

LEONOR

Adiós, padre amado.

DON TIMOTEO

Adiós, serafín.

LEONOR.-Adiós, don Carlitos.

DON CARLOS.

Adío, cara.

(A don Juan a tiempo de ir andando, aparte.)

Aprieta,
al uso de Francia,
con mucho calor.

DON JUAN (Aparte a Carlos.)

Si llora por Werther.

DON CARLOS

Aprieta, te digo.

DON TIMOTEO

¡Qué amable candor!

ESCENA VI

(Don Timoteo, don Carlos.)

DON TIMOTEO

¿Ha visto usted en su vida,
una joven más sensible?

Vaya, vaya, no es posible;
es muy tierna mi Leonor.

DON CARLOS

¡Es verdad, á fe de Carlos!
Es la más tierna belleza.
¡No respira, qué pureza!
¡No son sus ojos, qué amor!
¿Usted no ha estado en París?

DON TIMOTEO

No, señor.

DON CARLOS

Mucho lo siento,
allí sí que es un portento...
¡Oh, la preciosa ciudad!
allí no hay una mujer
que sea helada ni egoísta;

hasta una triste modista
tiene sensibilidad.
¡Todo es amor en París!
¡Cómo se inflama el deseo!
Hasta usted, don Timoteo,
fuera víctima de amor.

DON TIMOTEO
Vaya, vaya, yo me río,
¿amores yo, y a mi edad?

DON CARLOS
Pues es la pura verdad.

DON TIMOTEO
¿Cierto?

DON CARLOS
Palabra de honor.

DON TIMOTEO
Pero ya ve usted mis canas...

DON CARLOS
¡Bueno! ¡Valiente friolera!
Ésas las quita cualquiera...
Aun aquí, que es buen decir.

DON TIMOTEO
¿Y mis arrugas?

DON CARLOS
También.
Las quitan allí al momento.

DON TIMOTEO
Será por encantamiento.

DON CARLOS
No, señor.

DON TIMOTEO
Quiero reír...
¿Conque es decir que en París
entra un achacoso anciano
y sale un mozo lozano

lleno de gracia?

DON CARLOS

Cabal.

DON TTMOTEO

Pues, amigo, digo a usted,
que ha llegado a mucho el arte.

DON CARLOS

No hay en el cuerpo una parte
que no suplan muy igual.
¿Le falta a usted una pierna,
un brazo, un ojo, una mano?...
Pues va usted a un artesano,
y en un par de horas ya está.

DON TIMOTEO

¿Y las rugas?

DON CARLOS

Un licor
hace rejuvenecer.

DON TIMOTEO

¡Ay qué gozo! ¡qué placer!
Pues señor, me voy allá.

DON CARLOS

¡ Bravo! Un hombre como usted,
que tiene tanto dinero,
es un tonto, un majadero,
si no hace un viaje.

DON TIMOTEO

Es verdad;
pero a la mar tengo miedo.

DON CARLOS

¡ Tonteras! ¿Ve usted aquí
cómo ando yo? pues allí
hay mayor seguridad:
(Aparte.)
(Ojalá caiga este tonto,
a ver si me voy con él
y hago un brillante papel.)

DON TIMOTEO

Me voy animando a ir.

DON CARLOS

Bien hecho, amigo, bien hecho;
pasará usted buena vida.

(Aparte.)

(Para que al fin se decida;
voy a charlar y mentir.)

Verá usted, don Timoteo,
qué calles tan espaciosas,
todos los pisos de losas
de mármol.

DON TIMOTEO

¡Cuánto primor!

DON CARLOS

Hay algunas que tendrán
cuatro leguas.

DON TIMOTEO

Qué! ¿las losas?

DON CARLOS

No, las calles. ¡Y qué hermosas!
En las casas, ¡qué esplendor!
Las hay de mármol, de bronce,
de esmalte, y aun de marfil,
grabadas por un buril
que parece celestial:
teatros hay en que sin duda
podrán caber dos millones.

DON TIMOTEO

Santo Dios! ¡y qué pulmones
de los cómicos!

DON CARLOS

No tal,
que cualquiera voz se escucha
por todos perfectamente.

DON TIMOTEO

¿Y cómo?

DoN CARLOS
Muy fácilmente,
por medio de un tornavoz.

DON TIMOTEO
¿Y para ver de tan lejos
será preciso un antejo?

DON CARLOS
No, señor, que cualquier ojo
ve sin él.

DON TIMOTEO
¡Válgame Dios! ¿Y cómo?

DON CARLOS
Hay ciertos espejos...
Puestos de cierta manera,
que... pues... pues... así... no fuera
fácil una explicación
todo es por máquina, todo.

DON TIMOTEO
Qué malditos extranjeros!
Si creyera en hechiceros,
dijera que ellos lo son.

DON CARLOS
Aparte.) A fe mía no encontraba
cómo salir del apuro.
(Alto.)
Amigo, yo os aseguro
que hay muchísimo que ver;
allí dinero es el todo
lleve usted el suyo allá,
y le digo que tendrá
una vida de placer.

DON TIMOTEO
Mire usted cómo Juanito
nada de esto me contaba.

DON CARLOS
(Aparte.) ¡Cielos! ya no me acordaba
Juan me puede desmentir.

DON TIMOTEO

Pues, señor, estoy resuelto,
me voy a Francia, me voy.

DON CARLOS

Si útil de algún modo soy...

DON TIMOTEO

Sí, usted también ha de ir.

DON CARLOS

Pues en mí encontrará usted
un "cicerone".

DON TIMOTEO

Qué?

DON CARLOS

Un guía.

DON TIMOTEO

¡Ay, qué gusto! ¡Qué alegría!
Rabiando estoy por marchar.

DON CARLOS

(Aparte.) Ya cayó en la ratonera.

DON TIMOTEO

Oh! muy presto nos iremos.

DON CARLOS

¿Y cuándo?

DON TIMOTEO

Ya, ya veremos
yo podré necesitar
para arreglar mis asuntos...
oh! muy poco, muy poquito...
veinte años.

DON CARLOS

(Aparte.) ¡Viejo maldito!
¡Si los pensará vivir!

DON TIMOTEO

Sí; para este tiempo
creo que estaré desocupado.

DON CARLOS

(Aparte.) Pues señor, bien he quedado
después de tanto mentir.
(Se oye cantar dentro a Mariquita.)

DON TIMOTEO

Ya viene ahí Mariquita
¿oye usted? siempre cantando,
nunca la he visto llorando;
tiene un bello corazón.
Dejo a usted quien le acompañe,
yo me voy con don Antonio. (Se va.)

DON CARLOS

Bien, très bien." ¡Anda al demonio!
¡Qué viejo tan socarrón!
Me divertiré un momento
con esta preciosa loca:
yo pensé viajar de coca,
¡ay, qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razón!
Nada hay en México bueno:
he aquí un viejo de oro lleno,
pero el más grande animal.

ESCENA VII

(Don Carlos, María. Sale ésta cantando, sin ver a don Carlos, y va derecho a un
tocador que habrá en el frente, a componerse el peinado.)

MARÍA

Vamos, vamos, no estoy mal,
este rizo me va bien;
¡oh! yo tengo cierta sal...
una cara angelical
¿y quién me resiste, quién?
"Sí, Mariquita es muy bella",
dirán muchos elegantes.
"Parece luciente estrella,
¡qué!, si no hay otra como ella."
Hoy tendré muchos amantes,

hasta seis puedo ajustar,
sin contar con los ausentes;
es número regular:
¡qué placer es conquistar!
¡pobrecillos inocentes!
Veamos si puedo traer
sus nombres a la memoria...
(Se voltea, y al ver a don Carlos, queda como avergonzada.)
¡Ay, Dios!

DON CARLOS
¿Y no ha de haber
una plaza que obtener
en esa tan larga historia?

MARÍA
¡Ah! ¿qué estaba usted aquí?

DON CARLOS
Contemplando esa hermosura.

MARÍA
¿Y me ha escuchado usted?

DON CARLOS
Sí,
mas no tema usted de mí,
encantadora criatura.

MARÍA
¡Oh! yo hablaba necedades,
cosas que en verdad no siento.

DON CARLOS
Pero hablaba usted verdades.

MARÍA
No, don Carlos, vaciedades
de que después me arrepiento.

DON CARLOS
No, no; yo puedo jurar
por mi propio corazón,
que no puedo adivinar
cómo es posible encontrar
tal gracia en esta nación.

Casi, casi voy amando
a este mísero país
estoy a usted contemplando,
y en ese rostro mirando
un destello de París.
Dejadme, ninfa del Sena,
contemplar tanta beldad,
esa frente tan serena
que brilla cual luna llena
de apacible claridad.
"Radiante", encantadora,
de gracia y beldad modelo,
¿quién te mira y no te adora?
¿eres Venus, o eres Flora,
o más bien ángel del cielo?

MARÍA
Soy sólo una mexicana.

DON CARLOS
¡Imposible! ¡No es verdad!
Eres francesa, italiana,
o siquiera de La Habana;
pero no de esta ciudad.

MARÍA
Pues. . .

DON CARLOS
No me hables castellano,
destruyendo la ilusión;
ese rostro soberano
no puede ser mexicano,
lo dice mi corazón.

MARÍA
(Enfadada.) Buen modo de enamorar,
¡despreciar mi patria así!

DON CARLOS
(Sumiso.) Dígnese usted perdonar:
es tan difícil hallar
una casa buena aquí!

MARÍA
Pues abierto está el camino,

¡qué pesado y qué tenaz!
Llene usted su alto destino;
vuelva usted por donde vino;
déjenos usted en paz;
si usted no está bien hallado
en el suelo en que nació,
vaya usted al otro lado,
que un galán almibarado
no es mucha pérdida, no.
¿Conque quiere usted decir
que aquí no hay una hermosura?
¿Y esto se puede sufrir?

DON CARLOS

Mas dígnese usted oír...

MARÍA

¡Pues alabo la finura!
¿Y allá aprendió usted a ser tan galán?
(Ríe.) Risa me da.

DON CARLOS

(Aparte.) ¡Oh! ¡qué maldita mujer!
todo se ha echado a perder;
mas todo se compondrá.
(Alto.)
Vamos, vamos, señorita,
he cometido un error;
mas una joven bonita
perdona; sí, Mariquita,
calme usted ese furor.
¿Con quién comparar es dada
esa gracia, esa belleza,
ese pie tan delicado,
ese talle torneado,
esa divina cabeza?

(Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta el grado de sonreírse,
arrimándose al espejo.)

MARÍA

¡Oh! pues hoy estoy muy mal,
lo juro a fe de María.

DON CARLOS

(Animado.) Está usted... angelical,

adorable amiga mía.

MARÍA

(En el espejo.) Mas ¿no ve usted? esta flor
está muy mal, ¡qué desgracia!

DON CARLOS

Mariquita, es un error;
si la prendiera el amor,
no tuviera tanta gracia.
Y ese rizo tan hermoso!...

MARÍA

El rizo está pasadero...

DON CARLOS

¡Oh! muy bello, muy gracioso,
todo, todo es delicioso.

MARÍA

El maldito zapatero
nunca me sabe calzar: (Mostrando los pies.)
aquí caben mis dos pies;
si casi no puedo andar.
¡Oh! y usted se va a admirar
¡el zapatero es francés!

DON CARLOS

¡Vaya! hermosa Mariquita,
no recuerde usted mi error,
que el corazón me palpita;
esa boca tan bonita
hable sólo del amor.

MARÍA

Pero si no soy francesa.

DON CARLOS

Pero es usted mexicana.

MARÍA

Es decir, tonta.

DON CARLOS

¡Traviesa!
Si ya digo que me pesa!

Es usted muy inhumana.

MARÍA

(Frente al espejo.)

¡Oh, qué traje tan mal hecho!

Me hace desairado el talle.

DON CARLOS

No tal: está muy bien hecho,

palpitará más de un pecho

al ver su elegancia.

MARÍA

¡Calle!

¿Conque más allá del mar,

según lo que estoy oyendo,

aprendió usted a adular?

DON CARLOS

No; pero es fuerza admirar

prodigio tan estupendo;

¿cree usted que es adulación?

Consulte usted a su espejo,

verá que tengo razón:

sólo por moderación

otras alabanzas dejo.

Vaya, brillante hermosura,

pues hemos hecho la paz,

colme usted ya mi ventura,

oiga de esa boca pura

un "sí".

MARÍA

¡Y es usted tenaz!

DON CARLOS

¿Quiere usted que no lo sea,

cuando su rostro he mirado?

¡Ojalá fuera usted fea!

MARÍA

¡ Gracias! ¿Habrá quien lo crea?

DON CARLOS

Yo estuviera sosegado,

pero su rostro divino,

esos ojos trilladores,
(Tomándole una mano.)
¡ay! este cutis tan fino
han fijado mi destino,
y muriendo estoy de amores.
(Postrándose.)
Míreme usted a sus pies,
alivie usted mi dolor.

MARÍA
(Riendo.) ¡Bravo! ¡gracioso francés!
¿a una mexicana?

DON CARLOS
Es
el ídolo de mi amor;
deme usted por Dios el "sí",
o de pena moriré
mire usted, no estoy en mí,
es fuerza morir aquí.

MARÍA
Amigo... lo pensaré.

DON CARLOS
¡ Oh, qué respuesta tan fría
para un pecho tan ardiente!
Por Dios, amable María,
vuélvale usted su alegría
a este corazón doliente.

MARÍA
Pero si no puede ser,
si está la plaza ocupada.

DON CARLOS
Un lugarcito ha de haber:
¿me verá usted padecer
sin piedad? joven amada,
el séptimo seré yo
de la lista solamente.

MARÍA
No.

DON CARLOS

Pues el octavo.

MARÍA

No.

DON CARLOS

¿Ya el número se llenó?
Pues hágame usted suplente.

MARÍA

(Queriéndose levantar.)
¿No me quiere usted dejar?

CLARA

(Dentro.) Blasa...

DON CARLOS

Perdí la ocasión;
pero mientras vuelvo a hallar,
esta prenda he de tomar,
que alivie mi corazón.
(Quita a María un anillo de brillantes del dedo.)

ESCENA VIII

(Dichos, Clarita.)

CLARA.-Don Carlitos, buenos días
¿sabe usted algo de nuevo?
¿qué noticias corren hoy?
¿se ha ocupado el ministerio?
¿esa "pauta decomisos"
se aprobó ya?

DON CARLOS

Nunca leo
periódicos mexicanos.

CLARA

Pues, amigo, muy mal hecho,
que todo buen ciudadano
debiera casi saberlos
de memoria: ¡venturosos
fueran entonces los pueblos!

La imprenta, la imprenta sola
es el ancla en que tenemos
fundadas las esperanzas
de ilustración.

DON CARLOS
Por supuesto.

CLARA
Pensaba yo redactar
un periódico.

DON CARLOS
¡Muy bueno!
Y el artículo de modas
desempeñarlo prometo.

CLARA
¡Qué modas, amigo mío!
Si justamente pretendo
criticar eso; si rabio
de ver nuestros diarios llenos
de vaciedades: ocupan
una columnita, o menos,
en el asunto importante,
y lo demás en dicterios,
en insultos insufribles,
en avisos, y algún verso
tan helado como inútil.
No, señor, no es ése el medio
de ilustrar a los mortales
si copian, copien al menos
a Juan Jacobo, a Segur,
a Vattel, a algunos de esos
cuyas magníficas plumas
han escrito tanto bueno.
Esto sirviera de mucho,
o proponer al congreso
alguna ley importante,
o hablar algo sobre fueros,
o los códigos antiguos
arreglar, como el "Digesto".

DON CARLOS
Me indigesta esa palabra.

CLARA

Pues, amigo, muy mal hecho,
es un cuerpo muy antiguo.

DON CARLOS

Que lo lleven al Museo.

CLARA

¡Sed fugit interea fugit
irreparabile tempus."

DON CARLOS

(Conteniendo la risa.)

¡Bravo! ¡bravo! Doña Clara
¿parla usted latín?

CLARA

Lo leo
regularmente, y me agradan
los clásicos. ¡Qué momentos
paso leyendo a Virgilio,
a Cicerón, al modelo
de la elocuencia romana!
Vea usted qué trozo tan bello
"Quosque tandem abutere, Catilina". . .

DON CARLOS

(Aparte, riendo.) ¡Yo reviento!

CLARA

"Patienta nostra?"

DON CARLOS

(Con ironía.) ¡Qué hermoso!

CLARA

Diga usted, ¿en los modernos
habrá una cosa tan grande?...
Mas nada como aquel verso
de Ovidio: "Cum subsiit illius"...
Vaya, vaya, me enajeno.

DON CARLOS

Usted, hermosa Clarita,
puede ocupar un asiento
en la cámara.

CLARA

Mil gracias
algo hiciera de provecho:
no estuviera como algunos,
no más calentando el puesto.
Yo no sé por qué injusticia
se ha quitado a nuestro sexo
un derecho tan sagrado
como legislar. Yo creo
que lo hiciéramos mejor
que muchos hombres;
y luego no encuentro razón alguna
para no tener empleos
en otros ramos.

DON CARLOS

¡Bien dicho!

CLARA

Como si sólo el talento
fuera exclusivo en el hombre.

DON CARLOS

Lo que es falso, porque vemos
en usted, que bien podía
ocupar un ministerio.

CLARA

Yo no lo digo por mí...
Soy aficionada, cierto;
pero nada más.

DON CARLOS

¡Caramba,
si estoy "enchanté"!

MARÍA

(María, que se ha estado viendo al espejo, entra en conversación.)

Yo pienso
en mis flores, en mis trajes,
y estoy contenta con eso.
Yo no he de estar más bonita
porque mande Juan o Pedro:
todo es lo mismo.

CLARA

¿Lo mismo?

¡Jesús! ¡qué poco talento!

No digas eso, María;

¿qué no sientes en tu pecho

el amor patrio? "Amor patriae"

como dijo... No me acuerdo quién lo dijo.

DON CARLOS

Pero alguno lo dijo.

MARÍA

Sí, por supuesto.

ESCENA IX

(Dichos, don Timoteo, don Antonio.)

DON TIMOTEO

(Con un periódico en la mano.)

¡Albricias, hijas, albricias!

En esta noche tenemos

comedia nueva.

DON CARLOS

¿Es de Scribe?

DON TIMOTEO

No, señor.

DON CARLOS

¿O de Hugo?

DON TIMOTEO

Menos.

DON CARLOS

¿Es un vodevil?

DOM TIMOTEO

Tampoco;

no señor, no es nada de eso,

es obra de un mexicano.

DON CARLOS
Puff... ¡Qué peste!

DON ANTONIO
(A don Carlos.) ¿Qué tenemos,
que hace usted tan mala cara?

DON CARLOS
¿Por un mexicano? Cierto
que será un mamarrachón.

DON ANTONIO
¿Por qué ha de ser, caballero?
¿Un mexicano no es hombre
capaz de escribir en verso
como cualquiera?

DON CARLOS
¡Oh! les falta
todavía mucho tiempo
para saber discurrir.

DON ANTONIO
Gracias por el cumplimiento.
¿Y usted qué es?

DON CARLOS
¿Yo? por desgracia
soy mexicano, y lo siento;
vergüenza me da decirlo,
porque todo en este suelo
está atrasado.

DON ANTONIO
Sin duda;
y la mejor prueba de eso
es que sufrimos, don Carlos
muchos tontos, que debemos
arrojar por los balcones.

DON CARLOS
Hay muchos.

DON ANTONIO
Sí; por ejemplo,
usted.

DON CARLOS
¡Cómo! poco a poco:
explíquese usted.

DON ANTONIO
Pues creo
que hablo bien claro.

DON CARLOS
¡Caramba!
¿Sabe usted que no me dejo
insultar? Yo "ciño espada
y aliento coraje".

DON ANTONIO
¡Bueno!

DON CARLOS
O el florete, o la pistola.

DON TIMOTEO
Vaya, señores, ¿qué es eso?
Dejen ustedes por hoy
las cuestiones.

DON ANTONIO
Si no puedo
reprimirme; no es posible.
Que hable mal un extranjero
de algún país, es muy malo,
pero señor, a lo menos
si a la política falta,
no falta al deber más bello
de un hombre, que es procurar
la fama, el nombre, el concepto
de su patria: yo me voy.

DON TIMOTEO
No, señor.

CLARA
No.

MARÍA
No.

DON TIMOTEO

Dejemos
estas cosas, don Antonio.

CLARA

Sí, yo también se lo ruego
a usted, y después acaso
tratarán ustedes eso
con calma.

DON CARLOS

Sí, sí, con calma,
"parole d'honneur", lo prometo.

ESCENA X

(Dichos, don Juan, Leonor.)

DON JUAN

(Aparte.) ¡Vaya! por fin yo respiro.

DON CARLOS

Oh, Juanito, ¿aquí estás ya?
Leonorcita, ¿cómo va?

LEONOR

Me siento mucho mejor.

DON TIMOTEO

Si digo que hace bien
el aire libre.

DON CARLOS

Es verdad
no hay como la variedad
con un poquito de amor.
El semblante está más bello,
más vivo, más despejado.

DON ANTONIO

(A Leonor.)
¡Oh! ¿Conque usted se ha enfermado?
¿Y de qué?

LEONOR
Del corazón.

MARÍA
Nunca padezco ese mal:
cuando más, de la cabeza.

DON CARLOS
Es verdad;
no, de tristeza no morirá usted.

MARÍA
Burlón.

DON ANTONIO
(A Clara, que se ha ido a sentar a leer.)
¿Y usted qué lee, doña Clara?

CLARA
Una sesión importante.

DON ANTONIO
Muy bien, muy bien;
adelante, yo no quiero interrumpir.
(Pues todos en esta casa
debieran ponerse en cura:
cada uno con su locura,
me da gana de reír.)

LEONOR
(A don Juan.) Amigo, ¿está usted cansado?

DON JUAN
Un poquito, amiga mía.

LEONOR
¿Tiene usted melancolía?
Es usted de poco hablar.

DON JUAN
Sí, Leonor, yo soy así,
casi siempre estoy callado;
si hablo mucho, creo que enfado.

LEONOR

¡Oh! no.

JUAN
Más vale callar.

TIMOTEO
(Aparte a don Antonio.)
¿Y qué, no le da a usted gusto
contemplar cuadro tan bello?
Todos están bien; en ello
tengo gran satisfacción;
es mi vejez venturosa:
tres hijas, a cual más bella;
si cada una es una estrella!

DON ANTONIO.
(Con ironía.)
Tiene usted mucha razón.

DON TIMOTEO
(A Leonor.)
¿En qué piensas, hija mía?

LEONOR
(Después de un rato.)
¡Ah! ¿me hablaba usted? En nada
tengo la vista clavada sin mirar.

DON TIMOTEO
(A don Antonio.)
Esto ha de ser,
según la experiencia mía,
que los dos están celosos:
pronto serán venturosos.
(A ellos.)
Vamos, hijos...

ESCENA XI

(Dichos, doña Serapia.)

DOÑA SERAPIA
A comer;

ya la sopa está en la mesa.

DON CARLOS

¡Pues que viva la alegría!

DOÑA SERAPIA

(A don Antonio.)

Pasará usted un mal día.

DON ANTONIO

Pero con satisfacción.

DOÑA SERAPIA

¡Eso siempre! Me parece
que estoy en mis tiempos ahora.

DON CARLOS

¡Viva la buena señora!

DON TIMOTEO

Vamos, como procesión:

usted, señor don Antonio,

dé a mi Clarita la mano;

(A Leonor.)

tú a don Juan: si yo me afano

por darte el mejor lugar;

usted, señor don Carlitos,

a mi preciosa María;

(A doña Serapia.)

y yo a ti, paloma mía,

hoy te debo cortejar.

(Todos van dando a sus compañeras el brazo,
como lo indica el diálogo.)

DOÑA SERAPIA

(A don TIMOTEO.)

¿Te acuerdas de los piecitos?

DON TIMOTEO

(Riendo.)

Bien me acuerdo; estás hermosa:

si pareces una rosa.

DOÑA SERAPIA

Y tú un lirio, picarón.

DON CARLOS

"Andiamo, andiamo".

DON TIMOTEO

A comer.

DON CARLOS

(Aparte, al salir.)

No me gusta el don Antonio,
tiene cara de demonio!

TODOS

(Haciendo una caravana.)

Vamos.

DON CARLOS

¡Vamos, "sans façon"!

ACTO SEGUNDO

(Sala como en el primer acto.)

ESCENA I

DON CARLOS

Vaya, vaya, nunca vi
un convite más gracioso:
cierto que ha estado chistoso
¡oh, qué bien me divertí!
Cada loco con su tema
con sus chuscadas María;
Clara, la sabiduría,
y mi suegra con su flema.
¿Mas la heroína de amor?
¡eso es lo mejor del cuento!
casi de risa reviento:
-¿Toma usted de esto, Leonor?
-No, Carlitos, me hace mal.
-¿Pues de esto otro? -Nada, nada,
está mi alma circundada
de una tristeza mortal-.
Haciéndose desdeñosa;

y tal vez en la cocina
se ha soplado una gallina.
Pero nadie más graciosa
que la vieja. ¡Qué tontera!
¡qué barbarie! ¡qué idiotismo!
Si no lo oyera yo mismo,
juro que no lo creyera.
¿Y Juanito? Hecho un patán;
por nada pierde su calma
ay qué Juan, si tiene una alma,
una alma, como de Juan!
En fin, he pasado un día
si no bello como en Francia,
comiendo con abundancia
y charlando con María.
Bella Mariquita, yo
para adorarte nací;
y me quedaré sin ti,
(Viendo el anillo.)
mas sin la sortija, no.
¡Oh prenda del amor mío!
En prueba de mi respeto,
guardarte bien te prometo...
mañana en el Montepío.
¡Ay! ¿quién te resiste, quién?

ESCENA II

(Don Carlos, don Juan, que ha entrado algún tiempo antes, y ha oído los últimos versos.)

DON JUAN

Pues estará agradecida
si te escucha, tu querida:
¡bravo, Carlitos, muy bien!
Aprecias mucho el valor
de las prendas que te dan.

DON CARLOS

Yo sé aprovecharme, Juan,
de los dones del amor;
y te aseguro, a fe mía,
que si así no hubiera sido,
con tantas que he recibido,
pareciera mercería.

DON JUAN

¿Y no se puede saber
el objeto de tu amor?

DON CARLOS

¡Es una perla, una flor!
¡la más hermosa mujer!
Cierto que es un poco dura,
algo altiva y desdeñosa;
pero, vaya, es una rosa,
la reina de la hermosura.

DON JUÁN

¿Pero es mexicana?

DON CARLOS

Sí;
¿pues qué pensabas que fuera?

DON JUAN

Juzgué que alguna extranjera,
pues nada te gusta aquí.

DON CARLOS

Nada me gusta, es verdad,
a excepción de las hermosas,
los diamantes, y otras cosas.

DON JUAN

Tú tienes mucha bondad.
¿Pero el nombre de tu bella
cuál es por fin?

DON CARLOS

Mariquita;
¡ay! mi corazón palpita
al nombrarla.

DON JUAN

¿Conque es ella?
¿y estás muy adelantado?

DON CARLOS

No; no mucho ciertamente,
porque apenas soy suplente,
pues la lista se ha llenado:

siete propietarios son.

DON JUAN

¿Y cuál será mi lugar?

DON CARLOS

No es fácil adivinar.

DON JUAN

¡Ay, qué grande corazón!

DON CARLOS

Un corazón de oficina,
donde hay muchos pretendientes,
y cesantes, y suplentes;
¡vaya una cosa divina!
Pero tú, por fin, Juanito,
¿elegirás a Leonor?
Tiene un rostro encantador;
tiene un cuerpo muy bonito.
Vamos, dímelo, maldito,
¡no he visto hombre más taimado!
Eres, Juan, muy reservado;
mas no lo seas conmigo,
soy tu verdadero amigo
y estoy por ti interesado.
Vamos, di con claridad,
¿a cuál de las tres prefieres?

DON JUAN

A ninguna.

DON CARLOS

¡Cómo! ¿quieres
ocultarme la verdad?

DON JUAN

Hablo con sinceridad.

DON CARLOS

¿De veras?
pues son hermosas y ricas.

DON JUAN

Estas dos cosas,
Carlos, no son suficientes.

DON CARLOS

¡Qué malditos pretendientes!
¿qué buscan en sus esposas?
Clara es buena.

DON JUAN

Tiene gracia,
y un corazón excelente;
¡pero si está eternamente
hablando de diplomacia!

DON CARLOS

¿Conque aquesta es su desgracia?

DON JUAN

Sí, Carlos, en mi opinión;
habla de legislación,
de hacienda, de policía.
Ocuparse todo el día
de Ovidio y de Cicerón,
solamente por pasar
por erudita; y en fin,
disparates en latín
a todas horas hablar;
no se puede tolerar,
amigo, en una mujer.

DON CARLOS

¿Conque no puede tener
una joven instrucción?

DON JUAN

Sí; pero no esa hinchazón
que lo echa todo a perder.

DON CARLOS

¡Muy bien! mas de Mariquita
la hermosura...

DON JUAN.-Es una flor,
que el vientecillo menor
la destruye o la marchita;
no basta, no, ser bonita,
ser graciosa y elegante,
para tener un amante

y fijar su corazón
es preciso discreción,
y no ser tan inconstante.
La que sólo piensa hacer
diariamente una conquista,
para tener en su lista
un nombre más que poner:
la que no sabe querer,
y pretende ser querida,
pronto será conocida,
y obtendrá en lugar de amor,
desprecio, siendo el dolor
patrimonio de su vida;
aunque sea tan hermosa
como el estrellado cielo,
un acabado modelo
de las gracias, una -diosa,
yo no quiero para esposa
una mujer inconstante:
la que no tiene un amante,
sino siete y un suplente,
¿quién duda que de repente
deje al marido cesante?

DON CARLOS

¡ Bravo! mas si no te agrada
por su inconstancia María,
la dulce melancolía de Leonor...

DON JUAN

Es demasiada:
siempre se encuentra ocupada
en llorar.

DON CARLOS

¡Oh! sí, Leonor
es un ente de dolor
que se alimenta con llanto.

DON JUAN

Si no derramara tanto,
fuera sin duda mejor.
¿De qué me sirve tener
una tan llorona esposa,
que no piensa en otra cosa
que en suspirar y leer?

No, Carlos, yo quiero ver
en mi amable compañera,
la sonrisa placentera,
la dulce sinceridad,
y una sensibilidad
moderada y verdadera.

DON CARLOS

Difícil de contentar
eres, Juan: ¿mas no es aquélla
Leonor? Sí, mira qué bella;
(Tomando su sombrero.)
solos os voy a dejar.

DON JUAN

(Deteniéndolo.)
No, no; tengo que acabar
cierto negocio, y así
con ella te dejo aquí.

DON CARIAS

Eres, Juan, hombre muy frío.

DON JUAN

Tú eres fuego, amigo mío,
enamórala por mí.
Hasta luego. *(Se va.)*

ESCENA III

(Don Carlos, solo.)

DON CARLOS

¡Qué Juan! Muestra una calma
que no he visto mayor! ¿Y quién pudiera
al verlo así, pensar que de la Europa
acaba de llegar? Nada aprovecha
a ciertas gentes el viajar: en vano
gastan en ver el mundo sus pesetas;
van como en un baúl, vuelven lo mismo;
siempre lo mismo, cuando no más bestias;
pero... llega Leonor; jamás he visto
más llorona hermosura; no, con ésta
es preciso tomar otro semblante

que con la Mariquita; ¡vamos, ea!
dejemos un momento la alegría;
ya soy otro hombre: la mirada inquieta,
semblante melancólico, lenguaje
lleno unas veces de calor y fuerza;
otras dulce, apacible, misterioso;
un romántico, en fin, a la moderna,
un héroe de Dumas, o Víctor Hugo,
un Aurenjy, un Rodolfo... mas ya llega;
póngome en actitud de quien medita.
(Se sienta pensativo en un sofá.)

ESCENA IV

(Don Carlos, Leonor. Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está don Carlos, sin verlo. Un rato de pausa.)

DON CARLOS.

¡Pues no repara en mí! ¡cómo se entrega
a la lectura! ¡ Si del mismo modo
que se ocupa en romances y novelas,
se ocupara en leer libros devotos,
fuera santa Leonor, hecha y derecha!
Llamaré su atención con un suspiro. (Suspira.)
Otro más fuerte. (Vuelve a suspirar.)
Nada, ni por éstas. (Alto.)
¡Infelice de mí!

LEONOR

(Dejando de leer.)
¡Qué voz! Carlitos,
¿estaba usted aquí?

DON CARLOS

Sí, Leonor bella;
pero no he visto a usted.

LEONOR

Ni yo tampoco.
Ocupada en mirar las cartas tiernas
de la sensible Julia, me encontraba
muy lejos de este sitio; con qué fuerza
Saint-Preux expresa su pasión terrible.
¿Mas, qué milagro es éste? ¿La tristeza

aflige a usted, Carlitos?

DON CARLOS

Sí, señora;
sí, Leonor adorable; mi alma llena
de amargura...

LEONOR

¿Amargura? es muy extraño
en usted ese humor.

DON CARLOS

Los hombres piensan
que otro es feliz cuando en su labio asoma
la risa: ¡cuál se engañan! ¡Si pudieran
descubrir los horrores, los martirios,
los atroces tormentos que se encuentran
bajo un rostro festivo!

LEONOR

¡Desgraciado!
¿conque padece usted?

DON CARLOS

Horribles penas,
que procuro ocultar bajo el semblante
de la felicidad.

LEONOR

¿Podré saberlas?

DON CARLOS

¡No, no; jamás! conmigo a mi sepulcro
bajará mi secreto: ¡allí me espera
la dulce paz, asilo silencioso!
único asilo que mi pecho anhela!
¡cuándo, por fin, bajo tu helada losa
lograré reposar!

LEONOR

¡Tristes, ideas !
Comuníqueme usted sus infortunios
¿no ha conocido usted cuánto consuela
confiar nuestros males a un amigo?

DON CARLOS

¡Mujer encantadora! el alma tierna
de usted va a conmoverme y... ¿mas qué digo?...
me arrojará tal vez de su presencia,
cuando el velo que me cubre se rompa.
Me odiará usted.

LEONOR

¿Por qué? aun cuando fuera
el secreto de usted un negro crimen, no lo odiaré.

DON CARLOS

Pues bien, amiga bella,
escuche usted mi desgraciada historia;
penetre usted los males que me cercan.
En el asilo paterno
pasaba alegre la vida;
no respiraba ¡qué gozo!
no probaba ¡qué delicia!
ilusiones pasajeras
que duran tan pocos días.

LEONOR

Es verdad, vea usted a Julia...

DON CARLOS

¿Julia, o "La Nueva Eloísa"?

LEONOR

Sí, señor; ¡la desdichada
únicamente veía
en lo futuro placeres!
Mas prosiga usted.

DON CARLOS

¡Amiga!
¿Por qué no serán eternos
de nuestra infancia tranquila
los instantes? Pero viene
la juventud, Leonor mía,
y con ella los tormentos
del amor; a nuestra vista
se presenta este tirano
como un niño, cuya risa
nos engaña fácilmente
pero después su perfidia
conocemos; es ya tarde,

¡nuestra calma está perdida!

LEONOR

¡ Perdida, sí, sin remedio!

DON CARLOS

Nunca olvidaré aquel día,
en que vi por vez primera
una hermosura divina,
un ángel en el semblante,
pero que ocultaba impía
un corazón inhumano
fue... sí, fue en las Tullerías...
perdí mi calma al mirarla,
y mi penetrante vista
descubrió al fin su morada
me eché a sus pies, y creía
ser ya dichoso: ¡inhumana!
Correspondió a mis caricias
con palabras engañosas:
"Sí, mi Carlitos, decía,
¡cómo no amar a un Adonis
(Pues todas, Leonor querida,
me llamaban así en Francia.)
¡Oh, mujer, mujer inicua!
mientras a mí me engañaba,
supe que correspondía
a otro, y para más vergüenza,
para mayor ignominia,
era mi rival un viejo
setentón, que no tenía
esta pierna, ni este talle,
ni este corazón, querida;
este corazón amante
lleno de honor: la barriga
de mi rival era inmensa,
eran sus piernas torcidas,
apagado el ojo izquierdo;
nariz muy larga y raída;
usaba siempre peluca,
pues ni un cabello tenía.
Y lo que es más, ¡ oh tormento!
¡oh colmo de la ignominia!
era un clásico.

LEONOR

¡Qué monstruo! ¡ Un clásico!
DON CARLOS.-Ardiendo en ira,
pido una satisfacción
a mi gordo antagonista:
salimos al campo; el viejo
conservaba todavía,
a pesar de sus achaques,
una fuerza desmedida;
el exceso de coraje
me perdió al fin, y una herida
en el brazo, de la espada recibí.

LEONOR
¡Suerte enemiga!

DON CARLOS
Desesperado, resuelvo
abandonar a la harpía
que fue causa de mis males,
y pasar siempre mi vida
engañando a las mujeres.
Enamoré a una modista,
luego a una vieja marquesa,
después a una bailarina...

LEONOR
¡Qué inconstancia!

DON CARLOS
Sí, Leonor,
imaginé que podía
vivir sin amar, ¡en vano!
que los cielos me destinan
otras penas; ¡ay, qué poco
mi corazón conocía.
Una beldad, una copia
del cielo... ved cuál palpita
mi corazón: no, no puedo
vivir en esta agonía;
yo me abraso.

LEONOR
¡Desdichado !

DON CARLOS
Pronto acabará mi vida

pronto a la tumba bajando,
terminarán mis desdichas.

LEONOR

¿Pero quién es el objeto
de vuestro amor? ¿quién agita
de ese modo vuestro pecho?
Decídselo a vuestra amiga.

DON CARLOS

¡ Amiga, amiga! ¡oh tormento !
¡palabra fatal, impía!
¿Amiga? No. Para siempre
adiós, Leonor. Compasiva
derrame usted una gota
de llanto en mi tumba fría.

LEONOR

¿Pero no sabré?

DON CARLOS

Señora,
señora, no más exija
usted que yo le descubra
lo que en mi pecho se abriga.
¿Mi ya lánguida constancia
por qué apurar? yo debía
haber huido para siempre
de usted, fatal enemiga
de mi reposo: este objeto
que idolatra el alma mía,
este fuego en que me abraso,
esta llama que me anima,
es usted: sí, Leonor bella,
desde aquel funesto día
en que vi esos ojos bellos,
esa boca purpurina,
a que presta más encanto
melancólica sonrisa,
huyó mi razón; en vano
ocultarlo a usted quería;
¡era imposible! Al instante
que fijé en usted mi vista,
olvidé mis aventuras,
mi desafío, mi herida,
la crueldad de aquella ingrata,

la tienda de mi modista,
los dones de mi marquesa,
los pies de mi bailarina
todo, todo lo he olvidado,
queriendo bajo la risa
ocultar lo que padezco;
pero en vano... siempre fija
aquí esa imagen preciosa...

LEONOR
¡ Carlos!

DON CARLOS
En mi fantasía
está usted en todas partes:
en las calles, en la Vega,
la Alameda, Bucareli,
en el Portal; hasta en misa,
me parece que estoy viendo
esa mirada divina,
"¡toujours! ¡toujours!"

LEONOR
Pero, Carlos... usted sin duda delira,
yo pensé que usted amaba a mi hermana.

DON CARLOS
¿A Mariquita?
No, Leonor; es muy ligera,
es un "papillon" María,
esto es, una mariposa;
mi corazón necesita
sensaciones más profundas.

LEONOR
Pero como usted decía
hace poco, que dos meses era
constancia inaudita...

DON CARLOS
Fue por solo disimulo.
¿Dos meses? ¡ay! una vida
fuera, Leonor, un momento,
para amar a usted: amiga,
deme usted, deme su mano;
¿no siente usted cómo brinca

este corazón?

LEONOR

Es cierto.

DON CARLOS

Una palabra la vida
me dará, mi bien amada
(Arrodillándose.)

"ma bien aimée, dona mía"
¿En qué idioma decir puedo
lo que tus ojos me inspiran?
¿Serás mi Julia, mi Clara,
mi Pamela, mi Malvina,
mi Andrómaca, mi Zoraida,
mi Adelaida, mi Etelvina;
y yo seré tu Abelardo,
tu Polión, tu Oscar; sería
hasta trovador sin duda,
si me amaras: ¿tanta dicha
no gozaré?

LEONOR

No, no, Carlos, amo a Juanito.

DON CARLOS

(Levantándose despechado.) ¡Ah, maldita,
maldita mi vida sea!

LEONOR

Cálmese usted.

DON CARLOS

Decidida
está mi suerte: un momento
de valor se necesita
nada más... Adiós, señora;
(Yéndose.) adiós, viva usted tranquila.

LEONOR.-(Deteniéndolo.) Oiga usted
(se va a matar como Werther), de rodillas
suplico a usted que no atente contra sus preciosos días.

Dox CARLOS

¡ Levántate, ángel del cielo!
¿Tú postrada, tú abatida

a mis plantas? No; tú manda,
haré cuanto tú me pidas;
hasta el sacrificio inmenso
de vivir; pero a otros climas
marcharé, Leonor, y sólo
por consolarme querría
llevar conmigo
una prenda, un "souvenir".

LEONOR

¡Alma fina!
¡cuánto engaña la apariencia! ¡
qué mal yo le conocía!
Sí, Carlitos, es muy justo:
tal vez esta despedida
será eterna; daré a usted
alguna flor, una cinta,
algún rizo de mi pelo.

DON CARLOS

(Quitándole un anillo.)
Es mejor esta sortija,
que llevándola en mi dedo
la tendré siempre a la vista.
Sí, Leonor, hasta la tumba
me acompañará. (*Mirando el anillo.*)
(¡Qué rica !)
Partiré, sí, estoy resuelto,
dentro de muy pocos días...
(*Ruido dentro.*)
¿Pero qué voces? se acercan
los demás de la familia
es fuerza tranquilizarme;
vuelvo pronto. Adiós, amiga.

(No es un comercio tan malo, dar suspiros por sortijas.)

(Se va.)

ESCENA.V

(*Leonor, sola.*)

LEONOR.-Pobre muchacho, me da

su tormento compasión
mi sensible corazón
se iba conmoviendo ya;
pero es fuerza ser constante:
¿qué se dijera de mí,
si cambiar pudiese así
de objetos en un instante?
Se contenta el pobrecillo,
ya que no tiene mi amor,
con engañar su dolor;
llevando sólo un anillo:
haga el cielo venturoso
su corazón; entretanto,
por él verteré algún llanto;
mas no turbe, mi reposo.

ESCENA VI

(Leonor, Clara, María.)

CLARA.-Te lo repito, María,
también debe la mujer
la política entender,
y las cuestiones del día;
¿por qué tan sólo el varón
a esto se ha de dedicar?
Yo puedo muy bien entrar
en cualquiera discusión;
gracias a Dios, he podido
los publicistas mejores
entender, y no hay autores
graves que no haya leído.
Horacio, el gran Cicerón,
Ovidio, Petrarca, Tasso,
Cervantes, y Garcilaso,
Mariana, Solís, Buffon,
comedias de Moratín,
Burlamaqui, Pedralieri,
de Pradt, Humboldt, Filangieri...

MARÍA

Por Dios, que ya pongas fin
a esa lista interminable
¿es preciso acaso leer

tantos libros, para ser
una joven apreciable?
Tú con todos tus autores
no tendrás un solo amante;
yo le conquisto al instante
con mis rizos y mis flores;
por las estampas no más,
el "No me olvides" compré
de mirarlas me cansé;
no le he vuelto a ver jamás.
Cantar, bailar y reír,
debe sólo la mujer:
esto se llama placer,
y lo demás es morir.

CLARA

¡Qué sistema tan fatal!
Pero ha de llegar un día,
en que conozcas, María,
que has hecho en esto muy mal:
pensarás con madurez
en teniendo cierta edad.

MARÍA

Goce de mi mocedad
mientras llega la vejez:
entonces podré pensar
en lo que tú me aconsejas,
o como otras muchas viejas,
me ocuparé en murmurar.
Pero por hoy todavía
sólo pienso en el paseo;
los bailes, el coliseo.

LEONOR

¡Cuán feliz eres, María!
Nunca te he visto llorar,
no conoces el dolor.

MARÍA

¿Por qué afligirme, Leonor?

LEONOR

¡Quién te pudiera imitar!

CLARA

¿Y tú qué ganas con leer
cosas que te afligen tanto?

LEONOR

Hallo en el dolor encanto,
hallo en el llanto placer.

CLARA

A cual más incorregible;
predicar en vano fuera:
una en extremo ligera,
otra en extremo sensible. (Toma un libro.)
Mi lectura seguiré:
¡oh, qué tesoro es la historia!

LEONOR

Julia vuelve a mi memoria.

MARÍA

(Toma un cuaderno que habrá sobre mesa.)
Yo las estampas veré
en este diario de modas
¡qué bonito está este traje!...
estos adornos de encaje
le dan mucha gracia.

ESCENA VII

(Dichas, don TIMOTEO, doña Serapia, don Antonio.)

DON TIMOTEO

(Observándolas desde la puerta.)

Todas
leen; ¡oh qué satisfacción!
mírelas usted allí
vea usted el efecto aquí
de una buena educación.

DOÑA SERAPIA

¡Qué tal, si son de importancia!
Tiene razón de decir
Carlitos, que pueden ir
al mismo París de Francia.

DON TIMOTEO

¡Muy bien, hijitas, muy bien!
¡excelente ocupación! (A don Antonio, aparte.)
¿Qué tal?

DON ANTONIO

Tiene usted razón.

DON TIMOTEO

Dios me las conserve.

DOÑA SERAPIA

¡Amén!

DON ANTONIO

¿Pero dónde está don Juan?

DON TIMOTEO

¿Y Carlitos?

DOÑA SERAPIA

¿Qué, se fueron?
MARÍA.-Hace poco que salieron;
pero pronto volverán.

DON TIMOTEO

¡Es dichosa mi vejez!
(A don Antonio, aparte.)
¿Quiere usted ver la instrucción
de Clara? Una discusión...

DON ANTONIO

Juguemos al ajedrez.

DON TIMOTEO

Como usted guste.

DOÑA SERAPIA

Sí, Sí;
a ver si sacudo el sueño viendo jugar.

DON ANTONIO

El empeño no era malo.
Usted aquí. (Se sientan a jugar.)

MARÍA

¡Oh, qué traje tan magnífico!
tiene un estilo romántico;
es precioso, elegantísimo,
si tuviera yo uno igual!

CLARA

¡A quién no le causa lástima,
Grecia, tu estado tristísimo!
ya no eres hoy más que un páramo!

MARÍA

¡Jesús, qué bonito chal!

CLARA

¿Dónde está tu furor bélico?
¿dónde tus héroes fortísimos?
Huyeron cual humo rápido,
al soplo del aquilón.

MARÍA

Esto sí que está muy clásico;
estos moños son feísimos.

DOÑA SERAPIA

Timoteo, ¡cómo, cándido!
jaque al rey; come el peón.

DON TIMOTEO

Es verdad; soy un autómeta.

DOÑA SERAPIA

Pues don Antonio es diestrísimo.

DON ANTONIO

No tal.

CLARA

¡Oh, pueblo magnánimo,
tu grandeza acabó ya;
tus hijos, cual siervos tímidos,
inclinan la frente lánguida,
bajo de un yugo despótico:
¿y Leónidas, dónde está?
En el sepulcro.

LEONOR

¡Mis lágrimas
corren! ¡oh joven bellísima!
Pasaron como relámpago
los placeres de tu amor.
Contra el destino tiránico,
lucha en vano el hombre mísero,
la tumba es el puerto único
donde se acaba el dolor:
bajo su losa benéfica
se goza un sueño pacífico;
la muerte es el solo bálsamo
contra tanto padecer.
Ven, muerte; tu aspecto pálido
llena mi pecho de júbilo:
adiós, contentos efímeros,
adiós, sueño de placer.

CLARA

Europa, Europa, levántate,
socorre a Grecia, apresúrate;
en todo el mundo respétese
la libertad y la ley.
La negra sangre derrámase,
de guerra el estruendo horrísono
se alce, y por doquiera escúchese
el grito de...

DON TIMOTEO

Jaque al rey.

CLARA

Sí, sí, que resuene el cántico
de libertad.

MARÍA

¡Qué diabólico
está este sombrero!

LEONOR

Víctimas
produce sólo el amor.
¡Eres un sueño fantástico,
felicidad!

CLARA

¡Tronos góticos

de Europa, tocáis al término!

MARÍA

Este traje está mejor.

ESCENA VIII

(Dichos, don Carlos.)

DON CARLOS

Repito que no hay en México
ilustración; son muy bárbaros;
todo aquí es malo, malísimo,
"epouvantable": ¡qué horror!

MARÍA

Carlitos...

DON CARLOS

¡ Estoy frenético!
¡estoy rabiando de cólera!
¿Una mancha? ¡Santa Bárbara!
¡una mancha!

LEONOR

¿En el honor?

DON CARLOS

Mejor fuera, ¡oh calles pésimas!
En mi pantalón finísimo
cortado en París... ¡Qué pérdida!
¡qué pérdida, Santo Dios!
¡oh mexicanos estólidos!

MARÍA

Pues es usted muy político
deje usted el tono trágico,
y diga lo que pasó.

DON CARLOS

No se ofenda usted, María;
voy a contar el suceso,
y verá usted si hay justicia
para quejarme.

MARÍA
Acabemos.

DON TIMOTEO
Jaque mate, amigo mío;
he ganado a usted el juego.

DON ANTONIO
Es verdad.

DON TIMOTEO
¡Hola ! Serapia,
te has dormido al mejor tiempo.

DOÑA SERAPIA
No me duermo,
si ya he visto que te enrocaste.

DON TIMOTEO
¡Muy bueno!
pues estás adelantada.
¿Y sales ahora con esto?
Se ha ganado la partida.

DOÑA SERAPIA
¡Ah! ¿La ganaste? Me alegro.
¿Aquí está usted, don Carlitos?
Dio usted la vuelta muy presto.

DON CARLOS
Sí, señora, a pesar mía.

MARÍA
¿En qué quedamos del cuento?

DON CARLOS
No es cuento.

MARÍA
Pues será historia.

DON TIMOTEO.
¿Historia? ¿de qué?

DOÑA SERAPIA

Mi asiento
voy acercando; me gusta
oír historias: me acuerdo
que leí hace veinte años
los "Doce Pares". ¡Qué buenos
y qué valientes señores!
¡Rajaban de medio a medio!
las peñas y los gigantes,
como pedazos de queso!
Y el bálsamo milagroso,
¿no te acuerdas, Timoteo,
que curaba las heridas,
como rasguños?

DON TIMOTBO

Dejemos
que nos refiera Carlitos
esa historia o ese cuento
que le ha pasado. Clarita,
Leonor, dejen un momento
la lectura.

LEONOR

Padre mío,
tengo comprimido el pecho;
en verdad que necesito
de distracción.

CLARA

Ya no puedo
seguir leyendo esta historia
sin llorar: ¡miseros griegos!

DON TIMOTEO.

¡Pues vaya! Fuera los libros,
y a Carlitos escuchemos.

DON CARLOS

Si no es cosa de importancia;
es un acontecimiento,
un "événement" sencillo,
aunque grande, si atendemos
a otra cosa.

MARÍA

¡Qué cachaza

Dígalo usted, y acabemos,
que tengo mi genio vivo.

DON CARLOS
Como yo, ni más ni menos,
¡somos un "couple" dichoso!

DON TIMOTEO
¿Un "couple"?

DON CARLOS
Un par.

MARÍA
Yo me quemo.

DON CARLOS
Pues señor, salí de casa...

MARÍA
Bien, eso ya lo sabemos.

DON CARLOS
Ya estoy; pero es necesario
un "petit" exordio.

MARÍA
Bueno,
siga usted, por Dios.

DON CARLOS
Salía
ocupado en pensamientos
muy importantes: ¿qué cosa
piensan que en aquel momento
me ocupaba?

LEONOR
Algún romance.

CLARA
O la historia de los griegos.

DOÑA SERAPIA
O la de los Doce Pares.

DON CARLOS

No, señores, nada de eso;
pensaba en que la otra noche
estuve en un baile, de estos
que aquí llaman del gran tono,
pues, de gran tono... por cierto
que fueran en Francia nada...
en Francia, que es un portento
en este ramo, no hay duda,
en Francia, que es nada menos
la nación más bailadora
que existe en el universo;
pues si la Italia ha logrado
tener el lugar primero
en talentos de garganta...

DON ANTONIO

¡Ya escampa!

DON CARLOS

El francés ligero,
es en el baile un prodigio.
¡Qué piruetas! ¡qué meneos!
¡qué elegancia en las posturas!
¡qué gusto en los movimientos!

MARÍA

Pero, en fin, ¿en qué quedamos
de la historia?

DON CARLOS

No me acuerdo
como tengo tantas cosas
en mi cabeza, no puedo
retenerlas todas; creo
que hablaba a ustedes del baile
de la otra noche, ¿no es cierto?

DOÑA SERAPIA

Sí, señor.

DON CARLOS

Pues como digo,
ocupaba yo mi asiento
junto a cierta marquesita,
que tendría cuando menos

su medio siglo.

DOÑA SERAPIA

No es mucho.

CLARA

Si tenía algún talento,
si alguna instrucción, ¿qué importa
esa edad?

DON CARLOS

Pues yo prefiero
la juventud y las gracias:
perdone usted si la ofendo
por no ser del mismo aviso.

MARÍA

Vaya, Carlitos, ya veo
que en tres días no llegamos
al desenlace.

DON CARLOS

Lleguemos,
"s'il vous plait"... Como decía,
estaba yo muy contento
mirando a mi marquesita,
que sus descarnados huesos
ocultaba entre brillantes,
cuando de repente advierto
una agitación muy grande
y unos gritos descompuestos
que clamaban: ¡la mazurca!
¡la mazurca! y en efecto,
se bailó la tal mazurca;
pero qué mazurca, ¡cielos!
¡horrendo mazurquicidio!
Ya no pude más, y lleno
de rabia, dije: -Señores,
no es el baile verdadero
de la mazurca, el que ahora
ejecutáis. -Ya sabemos,
me dijo un elegantillo,
que hay diferencias; mas, presto
la legítima mazurca
nos vendrá; pues al efecto
un comisionado ha ido

a La Habana, -¡Bueno, bueno!
le respondí, y al instante
me salí de allí, riendo.

MARÍA

¿Pero quiere usted decirme
qué tiene que ver con eso
el lance de hoy?

DON CARLOS

Mariquita,
espere usted un momento,
que no soy "foudre".

DON TIMOTEO

¿Qué cosa?

DON CARLOS

Que no soy rayo.

DON TIMOTEO

Comprendo,
siga usted.

DON CARLOS

Cuando salía
hoy de aquí, mi pensamiento
estaba todo ocupado
de tan importante objeto.
Iba recordando el aire
de la música, y en esto
sentí un empujón horrible
por detrás: el rostro vuelvo,
y vi a un aguador maldito
que me dice muy grosero:
"Quítese, don Alfeñique,
no estorbe con sus meneos
el camino a los que pasan."
Entonces de rabia lleno
quise castigarle: en vano,
porque de cólera ciego,
no vi la losa de un caño
que estaba floja, y cediendo
al peso, se hundió, llenando
de lodo mi pie derecho.
Y no fue poca fortuna

el no caer: ¡contratiempo
fatal, que así me ha privado
del pantalón más bien hecho
que se haya visto en Europa!

MARÍA

¿Y éste era todo el suceso?

DON CARLOS

¿Y le parece a usted poco?
No es su valor el que siento;
mas no sabe usted, hermosa,
cuántos gloriosos recuerdos
este pantalón tenía
para mí; pues a él le debo
muchas conquistas.

DON ANTONIO

No he visto
hombre más fatuo.

DON CARLOS

¿Y no tengo razones
para quejarme de este país?

DOÑA SERAPIA

Por supuesto.

DON CARLOS

No hay policía, no hay nada;
el más desdichado pueblo
de Francia es mucho mejor
que esta ciudad: ¡si a lo menos
fueran las gentes tratables!

MARÍA

Gracias por el cumplimento.

DON CARLOS

Mariquita, yo exceptúo
esta casa, donde encuentro
ilustración y finura,
sensibilidad, talento;
pero yo hablo en general:
aquí hay en el bello sexo
algunas caras hermosas,

pero sin gracia. No puedo
dejar de contar a ustedes
un lance que ha poco tiempo
me pasó con una joven.

DOÑA SERAPIA
¡Qué Carlitos! Es un fuego,
como tú cuando tenías
su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX

(Dichos, don Juan.)

DON CARLOS
Vamos, aquí está Juanito:
llegas a "propos"; un asiento
toma, y escúchame atento;
es un lance muy bonito.

DON JUAN
Siempre estás hablando.

DON CARLOS
Sí,
no lo puedo remediar
¡vaya! siéntate a escuchar.

LEONOR
Venga usted, Juanito, aquí.

DON JUAN
Mil gracias.

DON CARLOS
Como decía,
por la gran plaza marchaba
la otra noche, y me entregaba
a dulce melancolía;
brillaba hermosa la luna
como una bola "argentée".

DON TIMOTEO
¿Qué es lo que usted dice? ¿qué?

No entiendo palabra alguna
de la tal lengua francesa;
¡qué jerigonza del diablo!

DON CARLOS

Pues amigo, yo la hablo
con más gusto que la inglesa;
es más "coulant", más hermosa.

DON TIMOTDO

¿Más qué?

DON CARLOS

Más fácil, más bella;
instruiré a usted algo de ella.

DON TIMOTEO

Mil gracias.

MARÍA

Por fin, ¿qué cosa
nos iba usted a decir?

DON CARLOS

Es verdad, se me olvidaba;
por la gran plaza pasaba...

MARÍA.-Ya eso está.

DON CARLOS

Voy a "finir"
de Catedral la banqueta
de gente se fue llenando;
yo, con mi lente, pasando
una revista completa
todos fijaban la vista
en mi "frac" de última moda;
vi la concurrencia toda,
"et" hice más de una conquista;
cuál al pasar yo, decía
"¡Qué joven tan arrogante!"
"¡Es un francés elegante!";
la vecina respondía
"Mira, mira la cadena
en que lleva el lente, hermana",
dijo otra...

MARÍA

¿De aquí a mañana
acabará usted?

DON CARLOS

Sirena,
no se enfade usted: preciso
es contar los pormenores;
pues, como digo, señores...

DON JUAN

Hombre, sé, por Dios, conciso,
que ya es mucha pesadez
ese continuo charlar.

DON CARLOS

Al punto voy a acabar.

DON ANTONIO

Saldrá con una sandez.

DON CARLOS

En el paseo se hallaba
con su familia una hermosa,
tan fresca como una rosa:
yo enamorarla pensaba,
estaba de gracia llena,
de blanco lino vestida,
en mecerse entretenida
sobre una dura cadena;
ha poco la conocía,
y a saludarla llegué;
a su lado me fijé;
dispuse mi batería,
y en un discurso elegante,
y como mi pecho ardiente,
le hice mi pasión patente,
declarándome su amante
por más de un cuarto de hora
escucharme parecía;
fijos sus ojos tenía
en la luna brilladora,
yo su respuesta esperaba,
o una lágrima siquiera,
que venturoso me hiciera,

y rendido la miraba.
Pero su meditación
por nada se interrumpía,
y le dije: -Amada mía,
¿cuál es tu resolución?
¿seré por fin venturoso?
¿debo bendecir al hado?
¿o estaré al fin condenado
a no encontrar el reposo?
Deja de mirar la luna;
vuelve a mí tus ojos bellos,
que encuentre Carlos en ellos
su placer y su fortuna;
paga mi constante afán-.
Ella entonces me miró:
-¿Tres eclipses, preguntó,
pone en este año Galván?
-¡Oh, alma frígida, exclamé
entre mí, cómo es posible!
¡tan bella y tan insensible,
tan tonta!- Yerto quedé.

DON TIMOTEO

Le hablaría usted en francés
y por eso no entendió.

DON CARLOS

No, don Timoteo, no;
le hablé en castellano.

DON TIMOTEO

¡Pues!
Pero será castellano
mezclado con sus "méchants"
y esos "foudres" y "coulants",
y siempre se quedó a mano.

DON CARLOS

No, señor, era el idioma
que hablamos todos aquí;
yo de pronto presumí
que le gustaba la broma,
o que el romántico hablar
al clásico prefería,
y le dije: -Amada mía,
no me es posible explicar

este volcán, esta hoguera
que siento en mi seno amante
mi corazón palpitante
salir del pecho quisiera.
Muy temprano esta mañana
por aliviar mi tormento,
para mirarte un momento
fui al frente de tu ventana,
mas se engañó mi deseo:
la puerta estaba cerrada,
tú aún estabas entregada,
en los brazos de Morfeo.
-Poco a poco, interrumpió,
poco a poco, caballero,
ya usted pasa de grosero,
¿y he de sufrir esto yo?
¿yo dormir con don Morfeo?
¿yo en sus brazos entregada?
No, señor, soy muy honrada,
y no dar motivo creo,
para que traten así
de ajar mi reputación.
No conozco al picarón
que usted me ha mentado aquí;
sí, señor, yo soy doncella,
y muy bien lo saben todos,
deje usted, pues, esos modos
de hablar. -Basta, basta, bella-,
le dije, y sin esperar
me retiré muy de prisa,
pudiendo apenas la risa
en las calles sujetar.

DOÑA SERAPIA

¡Qué Carlitos tan gracioso!
Se conoce luego, luego,
que ha estado en toda la Europa,
y en París; ¿ves, Timoteo,
lo que aprovechan los viajes?
Y no que ni hablar sabemos,
ni contar cuentos graciosos
los criollos, que jamás vemos
el mundo. No, yo te juro
que si me quisiera el cielo
dar otro niño...

DON ANTONIO

¡Es difícil!

DOÑA SERAPIA.- Ya; pero hablo suponiendo;
aunque mire usted: al cura
del Sagrario, ha poco tiempo,
le oí hablar de una señora
de la Biblia, no me acuerdo
si dijo que se llamaba Clara,
o Lara; mas el cuento
fue que parió muy grande.

CLARA.- Fue Sara, mamá.

DOÑA SERAPIA.- Yo tengo
mala memoria, pues, ahora;
que cuando chica, en un credo
como quien dice, aprendía
cualquier cosa: por ejemplo,
nada más que en quince días
aprendí los Mandamientos;
en dieciocho los Artículos,
y a los dos años y medio,
ya sabía el catecismo
de Ripalda todo entero.
Sin contar con que bordaba,
cosía en blanco; un puchero
componía, como dicen,
que se chupaban los dedos.

DON TIMOTEO.- Y bailabas, hija mía,
el "Mambrú", que era un contento.

DOÑA SERAPIA.- Y cantaba seguidillas,
muy bonitas.

DON TIMOTEO.- Bien me acuerdo.

DOÑA SERAPIA.- Cuando tú me echabas ojos,
picarón.

DON TIMOTEO

Sí, sí, ¡qué tiempos!

MARÍA

Pero, mamá, ¿en qué ha quedado

lo del niño?

DOÑA SERAPIA

¡Ah! sí, pues bueno:
como decía, si acaso
tuviera otro hijo, a un colegio
de Europa, o si no de España,
lo mandaba en el momento
que estuviera mancebito;
aunque también yo recelo,
por otra parte, que allá
lo hicieran hereje.

DON ANTONIO

¡Bueno! ¿conque todos
los de Europa son herejes?

DOÑA SERAPIA

Yo no veo
que oigan misa; sobre todo, l
os angulos.

DON CARLOS

(¡Qué talento
tiene la buena señora!)

CLARA

Los anglos, mamá (¡me quemo
de oír hablar a mi madre
entre gentes! ¡me avergüenzo!
¡válgame Dios! ¿de qué modo
cortara yo en el momento
la conversación?) Señores,
vamos un rato a paseo
al jardín.

DON CARLOS

¡Bravo, Clarita!
Después de la "table" es bueno
pasear.

DON TIMOTEO

¿Después de qué cosa?

DON CARLOS

De la mesa.

LEONOR

Sí, yo encuentro
la dulce melancolía
en las flores y en el viento
embalsamado que corre
en el campo.

MARÍA

Bueno, bueno;
vamos al jardín, y sirve
de hacer un ramito nuevo
para mi peinado.

DON CARLOS

Hermosa,
yo soy quien me encargo de eso:
le haré a usted el más hermoso
"bouquet"

DON TIMOTEO

Bu... ¿qué?

DON CARLOS

Ramo (¡viejo
más preguntón y más tonto!
Siempre me sale al encuentro.)
"Andiamo, andiamo."

DON TIMOTEO

Sí, vayan;
yo con Juanito me quedo
a tratar de cierto asunto.
Y usted, don Antonio, espero
que se quede con nosotros,
pues estimo sus consejos.

DON ANTONIO

Como usted guste.

DON CARLOS

Pues vamos.

DOÑA SERAPIA

Vamos, vamos a paseo,
que empiezo a sentir el cólico

y el ejercicio es muy bueno.
(Vanse.)

ESCENA X

(Don Timoteo, don Antonio, don Juan.)

DON TIMOTEO

Por fin, Juanito, ha llegado
el venturoso momento
de darte el nombre de hijo,
que con tanto ardor deseo.
Habla sin rubor, declara
sin disfraz tu pensamiento:
¿cuál de mis hijas te agrada?
Dímelo, Juanito, luego.
Don Antonio es un amigo
de confianza, y los secretos
de mi casa le confío
sin reserva alguna.

DON JUAN

¡Cielos!
¡llegó el momento temido!

DON ANTONIO

Sí, sí, don Juan, yo aprecio
a usted, y ahora estoy pronto
a servirle, si no puedo
en cosas de más estima,
siquiera con mis consejos.
Se halla usted, amigo mío,
en un crítico momento
piense usted bien lo que diga;
piense usted que son eternos
esos lazos; que es preciso
hablar con franqueza.

DON TIMOTEO.-Cierto:
habla sin rubor, querido.
¿Cuál de mis hijas tu afecto
ha ganado: dilo pronto:
pon el colmo a mi contento.

DON JUAN

¡Oh padre! Si acaso el nombre
de padre, dar a usted puedo,
cuando rehúso el beneficio
que me propone; mas debo
ser franco, y sufrir ahora
su cólera y menosprecio,
o resignarme a pasar
una vida de tormentos,
o a lo menos de fastidio,
con una esposa de un genio
distinto del genio mío.
Perdone usted si le ofendo;
sabe el cielo cuánto estimo
ese cariño; cuán lleno
mi pecho de sus bondades,
prueba el agradecimiento.
Toda mi vida no basta
para pagar lo que debo
al que me ama como padre;
pero, señor, yo no puedo
resolverme a ser perjuro.
¿Pronunciaré el juramento
de amor eterno a una esposa,
cuando en mi pecho no siento
este amor? Es imposible.

DON TIMOTEO

¡Imposible! ¿conque debo
renunciar a la esperanza
que alimentaba mi pecho?
Mas, dime, ¿qué te disgusta
en mis hijas? ¿qué defectos
tienen que yo no he notado?
yo las juzgaba un modelo
de perfección.

DON ANTONIO

Es preciso,
amigo don Timoteo,
que escuche usted de mi boca
la verdad, aunque su acento
le parezca duro; acaso
todavía será tiempo
de corregir unos males,
que si tomaran más cuerpo,

incorregibles serían.
Lo he dicho a usted, y de nuevo
lo repito. Usted adopta
un gran error, suponiendo
en sus hijas, cual virtudes,
lo que sólo son defectos.
La falsa instrucción de Clara;
de Mariquita ese genio
ligero que no se fija
en cosa alguna; el exceso
de la sensibilidad
de Leonor, don Timoteo,
son faltas, y faltas graves,
a que usted debiera, cuerdo,
haber atajado el curso;
un hombre de juicio recto,
elegirá por esposa
una mujer que cumpliendo
su deber, cuide su casa;
que cultive su talento
con gusto; que si dedica
a la lectura algún tiempo,
no quiera pasar por sabia;
que no esté siempre gimiendo
por personajes ficticios;
que no ocupe su cerebro
solamente con las flores,
los bailes y el coliseo;
ser sin ficciones sensible;
ser instruida, sin empeño
de parecer literata.
La compostura, el aseo,
usar sin afectación,
y vivir siempre cumpliendo
las dulces obligaciones
de su estado y de su sexo
¡he aquí una joven amable!
he aquí, amigo, en mi concepto,
las virtudes de una esposa.
Usted sin duda está lleno
de bondad; su noble alma
merece ser el objeto
de una constante ternura;
pero escuche usted, le ruego,
los consejos de un amigo:
corrija usted los defectos

de sus hijas, aún es dable.
Tienen un corazón recto,
y escucharán de un buen padre
los saludables preceptos:
tal vez pronto corregidas,
serán de todas modelo,
y harán a usted venturoso,
tanto cual merece serlo.
Vaya, enjague usted el llanto,
que todo tendrá remedio;
cuenta usted con un amigo.

DON JUAN

Y con un hijo; yo espero
merecer tan dulce nombre
por mi cariñoso esmero;
joven soy; aún es posible
que de otro viaje volviendo
que voy a emprender ahora,
yo pague a usted lo que debo,
y halle en Leonor una esposa
tal como yo la deseo,
si acaso usted, padre mío,
me juzgare digno de ello.

DON ANTONIO

Sí, don Juan, Leonor es joven
de buen corazón, yo espero
que si nuestro buen amigo
no desprecia mis consejos,
será muy pronto una esposa
inimitable.

DON TIMOTEO

Comienzo
a creer que usted, don Antonio,
tiene razón.

DON ANTONIO

¡Bueno, bueno!
ya lo esperaba.

DON TIMOTEO

Juanito,
a pesar del sentimiento
que tu conducta me causa,

tienes razón, lo confieso,
mas mi cariño es el mismo:
jamás olvidarme puedo
de lo que debo a tu padre;
y todavía, lo espero,
te daré el nombre de hijo.

DON JUAN

Sí, señor, yo lo deseo.

DON TIMOTEO

Vengan los dos a mis brazos,
que de esta manera quiero
manifestar que aunque es dura
la lección, yo la agradezco.

ESCENA ÚLTIMA

(Dichos, don Carlos, doña Serapia, Leonor, María Clara.)

DON CARLOS

¡Bravo! ¡Bravo! Esto va bien,
ya tendremos desposorio;
¿cuándo es por fin el casorio?
¿quién es la dichosa, quién?
¿Conque habrá "danse", festín?
Vaya, qué gusto tendré;
la mazurca bailaré.
¿Cuál es la "fiancée", por fin?
Ya están danzando mis pies.

DOÑA SERAPIA

¿A quién eligió?

DON JUAN

Señora...

TODOS

¿A quién, a quién?

DON ANTONIO

Por ahora,
a ninguna de las tres.

FIN